

I

Una excursión más allá de los alrededores inmediatos de Londres, proyectada mucho antes de alquilar a tal efecto su coche tirado por un poni, de hecho, desde su retiro del servicio activo, condujo al general Ople, a través de un famoso paseo que lo enamoró en el acto, hasta una elegante carretera que bordeaba un parque y que en seguida le hizo cambiar de pasión; y desde allí, poco a poco, hasta un lugar situado a un tiro de piedra de la orilla del río, donde no solo tomó la decisión de invertir sus afectos, sino también la de establecerse de por vida.

Era, como puede verse, hombre de temperamento aventurero, aunque ya hubiera creído oportuno aflojarse el talabarte. No obstante, alquiló el coche con toda la intención de pasar revista más cómodamente a las filas de mansiones, casas de campo e, incluso, terrenos para edificar, no demasiado alejados de la dulce Londres: y como en el caso de *Coelebs*¹, que cuando salió con la intención de buscarse una esposa no cabía duda de que volvería con ella al hogar, la circunstancia de que allí hubiera una casa en alquiler, en una situación bien aireada y

¹ Se refiere a *Coelebs in Search of a Wife* (1809), novela de la escritora inglesa Hannah More (1745-1833) muy famosa en la época. (*Todas las notas son de la traductora*).

a escasa distancia de su adorada metrópoli, bastó para disparar el entusiasmo del general. Se habría quedado con la primera que vio de no haber sido por su hija, que lo acompañaba y que, a la edad de dieciocho años, estaba a punto de hacerse cargo de la administración de la casa paterna.

La Fortuna, en la piel de la discreta guía de Elizabeth Ople, le condujo hasta la quintaesencia de las comodidades. La casa con la que dio el general solo podría describirse en el idioma de los subastadores; y durante la semana posterior a la adquisición, él mismo los imitó modestamente calificándola de «*bijou*». Con el tiempo, cuando su propia fantasía, estimulada por algo más que la mera satisfacción, se ejercitó en ello, encontró la feliz expresión «morada señorial»; pues era, según él mismo afirmaba, una pequeña finca. Había a la entrada un pabellón que recordaba dos garitas unidas a la fuerza, donde una pareja de ancianos se sentaba doblada en una de sus mitades y se tumbaba comprimida en la otra; un camino trasero que permitía descubrir los establos; una pequeña extensión de hierba que, ampliada, podría parecer una pradera; una tapia alrededor del huerto y una valla de madera que rodeaba el jardín. Todo fisgoneo del mundo exterior resultaba imposible. Comodidad, nobleza y fortificación hacían de aquel lugar el ideal de la casa inglesa.

Los límites de la propiedad abarcaban medio acre y tal vez una o dos *perchs*², la dimensión exacta para que el general depositara allí con la mayor de las

² Unidad de medida, ya en desuso, utilizada con distintos valores en Irlanda e Inglaterra.

felicidades su inmenso amor. Tomó la sabia decisión de quedarse con la pareja de ancianos del pabellón, ya que los dos estaban acostumbrados a las limitaciones, y de no adquirir una vaca, que podría haber querido pasto. Mientras la anciana atendía la campanilla de la magnífica entrada principal, con su verja de picas doradas, el general se dedicaba, con el anciano, al cuidado del jardín, labor que hacía sus delicias siempre que fuera posible realizarla como un caballero; es decir, siempre que fuera posible que no le viera nadie. En lo tocante a la carretera, quedaba completamente oculto. Solo desde una casa —y, cosa curiosa, solo desde una de sus ventanas— era posible verlo, aunque, para mayor demostración del amparo concedido al Douro Lodge, aquella ventana correspondía a una buhardilla. Y la casa estaba vacía.

La mansión (pues quién iba a esperar o desear siquiera que continuara desocupada una casona con invernaderos, pajareras, estanque, cobertizo para las barcas y otros lujos propios de la opulencia!) fue alquilada dos temporadas más tarde por una señora de quien la Fama, corriendo como una polvareda desde el lugar que había dejado, informó de que era excéntrica. La palabra ni aclara ni asusta. En una señora de cierta edad, habla mejor de un rasgo característico de la aristocracia que busca retiro. Y, como poco, implica riqueza.

El general Ople ansiaba ver a la señora. Abrigaba un sentimiento de humilde respeto hacia la aristocracia, y había algo en los ricos que despertaba su admiración. Londres, por ejemplo; el general no dudaba en afirmar que para él era la maravilla del mundo. Observaba, además, que el saco de la ciudad

bastaría para convertir a cualquier soldado raso de un ejército extranjero de ocupación en un caballero independiente para toda la vida. «Pero ieso es una pesadilla!», se decía, pasmado por el aberrante sueño de envidia hacia los enriquecidos oficiales invasores; y es que el botín es la única belleza que el espíritu militar puede contemplar en abstracto. Cuando se dejaba llevar tan lejos, acostumbraba a lanzar una explosión de suspiros profundos, como un hombre en guerra consigo mismo.

Andado el tiempo, llegó la dama; recibió las tarjetas del vecindario y demostró su excentricidad haciendo caso omiso de todas, si se exceptúa la de una tal señora de Baerens con la que se entrevistó en el acto. Por acuerdo expreso, la tarjeta del general Wilson Ople, en calidad de vecino más cercano, siguió a la del párroco, fuerza viva del distrito. Al párroco se le concedió una entrevista, pero las puertas de la casa no se abrieron para el general. «Pertenece a un estrato social superior al mío y puede que no quiera relacionarse conmigo», se dijo modestamente. Sin embargo, le dolió, porque, pese a sí mismo y sin ninguna pretensión de imponer su presencia, tal como se explicaba en su fuero interno, su rango dentro del ejército británico conllevaba obligaciones de representación en ausencia de un oficial superior. Estaba, pues, profesionalmente herido y, como tenía el corazón depositado en su oficio, bien puede decirse que le habían herido en sus sentimientos, por mucho que lo negara y se empeñara en la distinción. Una vez al día, su paseo higiénico le obligaba a cruzar por delante de las ventanas de lady Camper, que lejos de

encontrarse tímidamente replegadas con un retiro de media paga, como decía él con humor a propósito del Douro Lodge, sobresalían imperiosa y militarmente, al modo de un generalísimo a la grupa del caballo, con pleno comando de la carretera y de los distintos planos, hasta alcanzar el abultado follaje del parque. El general pasaba a un ritmo elegante, con una delicada depresión de su porte erguido, como si se apresurara a saludar a un amigo que en ese momento le tendiera la mano para estrechársela. Una actitud que habría podido ver cualquier criada. Considerando su magnífica figura y el peculiar brillo de su cabello plateado, la aceleración de la marcha no habría pasado inadvertida. Al cruzar con el coche daba un suave latigazo en la oreja derecha del poni, para extrema indignación del brioso animalito. Así pues, el general pasaba volando bajo los ojos de lady Camper y, como aquel ritmo le desagradaba, lo reducía invariablemente un paso o dos después de doblar la esquina del territorio de la dama.

Pero ni él ni su hija concedían importancia a una circunstancia tan trivial. Escrupulosamente, el general evitaba mirar las ventanas al pasar por debajo, tanto si iba a pie como durante su arrebatada carrera. Elizabeth miraba de reojo, igual que se mira un árbol al borde del camino.

Las conversaciones del padre y la hija sobre lady Camper consistían en un intercambio de lugares comunes a propósito de la soledad de la dama. Esta condición era lo que más desconcertaba al general, desde que supo por su hija que la señora tenía una hermosa apariencia y que no era muy vieja, como a él

le gustaba pensar que debían ser las damas excéntricas. Lo que de ella contó el párroco también excitó su imaginación. Lady Camper, sin rodeos, le había dicho al clérigo que frecuentaría la iglesia de vez en cuando para salvar las apariencias, pero que no era practicante, porque le resultaba imposible soportar la duración del servicio religioso; no obstante, podía contar con ella para las suscripciones a todas las obras de caridad y dejar su banco a disposición de los pobres, y solo a ellos. Lady Camper había recorrido Europa y conocía Oriente. Varias acuarelas de los escenarios visitados adornaban sus paredes, y un par de pistolas que, a decir de ella, le habían sido útiles, reposaban en el escritorio de su salón. A través del párroco, el general Ople se enteró del inmenso desdén que la señora sentía por los hombres, cosa que, curiosamente, alternaba con los lamentos por la debilidad de las mujeres.

—Pues ella no es un ejemplo —dijo el general, pensando en las pistolas.

Ahora bien. Sabemos, por aquellos que han estudiado a las mujeres sobre el tablero de ajedrez y que conocen las trayectorias, o los saltos, del marfil y del ébano, que los hombres que andan en boca de todos tienden a ocupar los pensamientos de ellas; y, ciertamente, podemos admitir el hecho como una de sus jugadas. Pero todo el edificio de nuestro conocimiento de las mujeres que nos han enseñado a levantar sobre esta percepción, en principio aguda, se tambalea al enterarnos de que ocurre otro tanto y en la misma medida, en proporción a la cantidad de esfuerzo requerido, con los hombres y sus pensamientos, en el caso de las mujeres que andan en boca de todos.

Así ocurrió con el general Ople, y a mí solo me resta añadir que hay espacios más amplios que los tableros de ajedrez. Me apresuro a desmentir que en este mundo todas las parejas sean iguales, pues en caso contrario el general correría el peligro de pasar por un carácter femenino, y él no era únicamente un oficial gallardo y un veterano en los enfrentamientos con pólvora, sino también (y es cosa extraordinaria que su genuina humildad no pudiera impedirlo, e incluso sobreviviera a todo) un señor y un conquistador del otro sexo. Había cometido sus pequeñas travesuras, siempre salvando el honor, naturalmente, pero hubo encuentro de corazones. Y ahora, con su brillante cabello cano, sus patillas acicaladas en el rostro moreno y curtido, sus facciones bien delineadas y una agraciada caída de párpados, si no balas, aún le quedaba pólvora.

Se daba en él una deplorable debilidad por los encantos femeninos. Por lo demás, y para salvaguarda del otro sexo, un resto de pudor le mantenía apartado de las empresas activas y en estado de sufrimiento, al menos mientras faltaran indicios de algún estímulo. Eliminó a las tiernas, que, atraídas por la propia ternura de él, se habían acercado para que las eliminara; pero las inteligentes le daban miedo y le paralizaban. Su capacidad para preguntar y exigir respuestas rápidas y deslumbrantes; sus requerimientos de sutilezas originales de un tipo distinto al que abastecen al por mayor ciertas publicaciones que nos martillean el cerebro; sus lecturas variadas; su habilidad para poner a los demás en ridículo; todo ello las hacía impresionantes a sus ojos.

Suponiendo (porque en aquel momento el inflable oficial pensaba, y con mucha intensidad, en una mujer inteligente), suponiendo que cierta noche se necesitaran las pistolas de lady Camper para defenderla, a la primera descarga, anuncio del grave apuro, un gesto de valor le permitiría conocerla en unas condiciones favorables, en las que no se exigirían sutilezas. Y puede que, después de la conmoción, ella admitiera su superioridad masculina a la hermosa antigua usanza y se desmayara en sus brazos. Tal era la ensoñación a la que se entregaba alguna vez, y el único modo de atreverse a esperar una relación con aquella temible señora que era su vecina más próxima. Pero el orgulloso club de los malhechores le negó esa oportunidad.

Mientras tanto, se enteró de que lady Camper tenía un sobrino, y de que el joven pertenecía a un regimiento de caballería. El general Ople se lo encontró frente a su verja, donde recibió y devolvió un educado saludo. Encantado con su aspecto y sus modales, habló de él a su sobrina y preguntó si por casualidad le conocía. La joven respondió que creía haberle visto y alabó su modo de montar a caballo. El general descubrió que era también un excelente remero. Un día en que, llevado por su hija, ambos remontaban el río en una barca, el joven caballero los adelantó en una canoa y, de un espléndido golpe de remo, dio marcha atrás y se quedó flotando a su lado, con la idea de entablar conversación. Durante su charla se las compuso para expresar su disgusto por la inclinación de su tía a la soledad. Puesto que pertenecían a divisiones hermanas del mismo ejército, el general y Reginald Rolles compartían un tema y una pasión.

Elizabeth confesó a su padre que nada le proporcionaba más placer que oírle hablar con el señor Rolles de asuntos militares, y el general le aseguró que a él le pasaba lo mismo. Empezó a recabar información del señor Rolles, y varias veces tuvieron oportunidad de conversar a través de la verja; cosa inevitable. Una o dos palabras, una alusión imprecisa cogida al vuelo, dieron a entender al general que lady Camper no había sido feliz en su matrimonio. Le entristeció pensar en su mala suerte, pero como la dama no pasaba de los cuarenta, el desastre no tenía por qué ser irremediable, siempre que lograran persuadirla de extender su perdón a los hombres y abandonar la soledad.

—Si por casualidad se pudiera convencer a lady Camper para que contrajera una segunda alianza, cabría esperar que se humanizara, y entonces disfrutaríamos de unos vecinos mucho más simpáticos —decía el general a su hija.

Cándidamente, Elizabeth esperaba que se produjera el acontecimiento. Pocas veces disentía de su padre, pues, tomando ejemplo del mundo que le rodeaba, le parecía el modelo del hombre de conducta sabia. Y lo era. Aunque modesto, estaba en buenas relaciones consigo mismo y puede decirse que, sin jactarse de nada, fue un hombre satisfecho, hasta el día en que encontró su piedra de toque en lady Camper.

II

Este es el patético contenido de mi historia y requiere una cierta puntualización, porque el general nunca pudo explicarse lo que, a su parecer, la hacía tan cruel, dado que ni era un hijo destacado de la fortuna, ni un hombre de grandes pretensiones, ni tampoco uno de esos que lógicamente caen de las alturas que alcanzaron por haber sido manifiestamente creados para mostrar la dimensión moral de la Providencia. Él era modesto, reservado y estaba humildemente satisfecho; una morada señorial bastaba para aplacar sus ambiciones. Célebre, bien podía decir que lo era, aunque no estelarmente, entre otras razones porque su voluntad de recibir luz superaba su deseo de arrojarla. ¿Por qué, entonces, de todos los hombres de este mundo tuvo que caer sobre él aquella prueba? Él era uno de tantos, ni peor ni llamativa o peligrosamente mejor; por eso, durante las amargas reflexiones sobre su inexplicable destino, no podía sino sentir que el castigo, por demás inmerecido, indicaba una falta de designio Allá Arriba en el esquema de las cosas. Daba la impresión de que el mazazo le había caído por un ciego azar. Y esa creencia obligaba a la mente del general Ople a recuperar su abecedario y recomenzar el ascenso de la laboriosa montaña del entendimiento.